

Domingo XVIII del TO
Ciclo B



4 de agosto de 2024

Ex 16, 2-4, 12-15

Sal 77

Ef 4, 17. 20-24

Jn 6, 24-35

P. Eduardo Suanzes, msps

La multitud encuentra a Jesús en Cafarnaúm y le pregunta: «—¿desde cuándo estás aquí?». Pero Jesús no responde a esa pregunta; responde, sin embargo, al deseo de ellos por encontrarlo, poniendo la flecha en la diana de la finalidad de su búsqueda. Porque le buscan no por el signo que acaba de hacer (la multiplicación de los panes, que ellos no han comprendido), sino por lo que ha supuesto para ellos de material: el simple saciarse, la satisfacción personal. El signo, sin embargo, había consistido en una invitación a la generosidad, a la donación personal, como respuesta al amor manifestado. No consistía en la pura y sola donación del pan material, sino que se expresaba con ello la donación de la propia persona. Ellos han vaciado de contenido lo que Jesús quería enseñarles: lo que debía haberles llevado a entregarse a los demás, como Jesús se ha entregado a ellos, los ha curvado egoístamente en su propia hartura.

Y aquí podría estar el primer tema de reflexión para nosotros: ¿qué es lo que mueve nuestro deseo a la hora de seguir a Jesús?; ¿hacia dónde apunta? Porque podríamos seguir a Jesús no por él mismo, por adoptar sus mismos sentimientos, que nos llevarían necesariamente a entregar la vida, sino por lo que de satisfacción inmediata pudiera ofrecerme: seguridad, protección, comodidad, un cierto poder, privilegios...

En el signo que había efectuado, el pan contiene el amor, y este es el alimento que realmente mantiene y desarrolla la vida del hombre, el que lo construye como ser humano, lo realiza y plenifica. Por este pan es por el que hay que trabajar, les dice Jesús. Limitar el horizonte, poner nuestras esperanzas en lo inmediato («*el alimento que se acaba*») es negar la auténtica naturaleza del hombre cuyo dinamismo interno es el amor que participa del mismo dinamismo del amor de Dios que es el Espíritu. Limitar, pues, el horizonte a lo material e inmediato es negar la dimensión del Espíritu.

Jesús es el modelo del ser humano, sellado en su humanidad por el Espíritu de Dios. Él es capaz de dar ese alimento que dura porque está sellado por el Espíritu. El signo ha visualizado al Espíritu, pero la multitud no ha sabido leer el contenido del mismo; y es que en la donación del pan está contenido el amor, y el amor se expresa inequívocamente en la donación de sí mismo a los demás compartiendo los bienes. Para comprender la señal está claro que no basta con presenciarla pasivamente hay que entrar, como condición *sine qua non*, en el significado que contiene, porque de no ser así nos quedaremos fuera. Así es el Evangelio: ***el amor no puede ser reconocido si no existe voluntad de amar***; esto es lo que significa «*trabajar para ganarse el alimento*».

La gente, acostumbrada a la observancia y mandatos de la Ley entiende que tiene que pagar un precio y pregunta por lo que tienen que «*hacer para trabajar en lo que Dios quiere*». Eso de la donación gratuita como que no está en su ADN.

Pero Jesús los corrige: Dios no impone nuevos preceptos y observancias. El trabajo que Dios quiere es único: adherirse a Jesús. Este trabajo, esta adhesión, que para el seguidor de Jesús es

una actitud constante de vida, es el que procura el pan definitivo, el que da la vida y plenitud al ser humano.

La respuesta de Jesús no se la esperaban. Porque ellos piensan: «—podré hacer las obras y cumplir los mandamientos nuevos que Dios me pueda pedir, pero que Jesús sea el término de mi deseo y no un medio para llegar a Dios; que sea él el que no me pida que me adhiera a Dios, como haría cualquier profeta, sino a él mismo...Eso es otra cosa» Por eso dicen: «¿qué señal nos das tú para que viéndola te creamos?, ¿qué obras haces tú?». Demandan un signo porque está claro que el anterior no lo han comprendido. Exigen espectacularidad, como cuando Moisés, frente a los sencillos de las acciones de Jesús. No son capaces de ver que lo que Jesús **hace** es dar su propia vida por el ser humano comunicándole la propia capacidad de amar con el Espíritu de Dios: un prodigio infinitamente superior al de Moisés, pero eso sí, oculto y para nada espectacularmente portentoso.

La respuesta de Jesús es tajante; la creencia de ellos es ilusoria. Sólo su Padre da el verdadero pan del cielo. El maná es cosa del pasado; el pan de Dios es presente, continuamente presente: una comunicación permanente de vida que él hace al mundo en Jesús. Dios es **total auto-ofrenda**: no ama para recibir amor a cambio, sino porque es parte de la naturaleza del Divino Amor el dar, verterse hacia fuera, el ofrendarse, y hacerlo no por otra razón sino porque es **Don puro**¹.

Ellos reaccionan pidiéndole de ese pan. Pero lo quieren adquirir sin trabajar por él, como antes les había dicho Jesús. Siguen en su actitud pasiva, como tantas veces nosotros, que pedimos y pedimos pero sin implicarnos activamente en ello. Pedimos por el hambre en Etiopía, pero lo vemos desde otro planeta; pedimos por la paz en nuestro México, pero no salimos de la cultura de la mordida y de los privilegios y de los favores interesados. Sí. Comprendemos, como esa multitud entorno a Jesús, que debemos cambiar, que debemos ser otros, pero sin ponernos a trabajar en ello, sin implicarnos, buscando solo el beneficio propio.

Y es entonces cuando Jesús se identifica con el pan mismo: «*Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca más tendrá hambre, el que se adhiera a mí nunca más tendrá sed*». Jesús se había presentado como dador de pan, ahora se identifica con el pan: él mismo se da como pan, **él es el alimento**. Comerlo significa, por tanto, dar adhesión, asimilarse a Jesús; es la misma actividad formulada antes en términos de trabajo. Así se obtiene la calidad de vida que lleva al hombre a su plenitud. El pan que dura es el amor, concretado ahora en Jesús mismo como don de amor. Él es el pan que Dios ofrece a los hombres. En él, es decir, adquiriendo sus mismos sentimientos, sus mismas actitudes, encontramos la plenitud, la satisfacción plena, la realización completa. Jesús no está centrando al ser humano en buscar su propia perfección, que puede resultar un tanto abstracta, sino en la donación de sí mismo que eso sí que es hablar de concreción: esa es la perfección².

¹ «Dios es *amando*». Expresión que a pesar de no ser correcta gramaticalmente hablando, teológicamente es impecable; se la escuché una vez decir al teólogo español Andrés Torres Queiruga.

² Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982